

## EL PAJARO DEL PARAISO. (1)

LEYENDA SUECA.



Dibujo de Karl Girardet.

(1) Esta leyenda, procedente de Suecia ha sido popularizada en Francia por el celebre Schubert, que la ha contado en una de sus obras: *Lo Antiguo y lo Moderno*. Schubert se ha dado á conocer como naturalista y como escritor. Si con el primer titulo se ha hecho una reputacion bastante contestada, con el segundo ha adquirido en

su patria un justo renombre por un crecido número de obras entre las cuales podemos citar: la *Historia del Alma*, la *Simbolica de los sueños*, las *Consideraciones sobre los puntos oscuros de la naturaleza*, y los *Viages por el pais de Salzburgo, el Tírol y el Mediodia de la Francia*, etc.

T.III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU

37



Antes de que Lutero viniese á predicar la reforma, á la falda de cada colina de Alemania se veía un monasterio: grandes edificios de aspecto apacible, con un pequeño campanario que se elevaba en medio de los árboles, y á cuyo derredor revoloteaban las palomas. Muchas faltas, muchos errores se ocultaban allí, pero también vivían hombres insensibles á los goces de la tierra, santos avaros que no pensaban mas que en la herencia prometida por Jesucristo.

En Olmutz sobre todo, había uno que se había hecho célebre en la comarca por su piedad y sus conocimientos: era un hombre sencillo, como todos aquellos que saben mucho, porque la ciencia es semejante á la mar, que cuanto mas se entra en ella, tanto mas grande parece el horizonte. El hermano Alfeo había tenido sin embargo sus horas de duda y de incertidumbre; pero despues que había entrado en años, con los cabellos blancos por las horas pasadas en la investigación de una ciencia inútil, había llamado á su socorro *la fe de los niños pequeños*; y despues confiando su vida á la oración, se había dejado mecer dulcemente por los puros amores, las religiosas visiones y las esperanzas celestiales.

Sin embargo algunas ráfagas de vientos maléficos agitaban de cuando en cuando el santo navio: por instantes volvían las tentaciones de la inteligencia, y la orgullosa razón quería entrar en contienda con la fe. Entonces el hermano Alfeo se ponía muy triste; gruesos nubarrones velaban su sol interno, su corazón se enfriaba, y se quedaba sin poder orar. Errando por el campo, se sentaba sobre el musgo de las rocas, se detenía al borde de los torrentes y marchaba al acaso por los bosques; pero en vano interrogaba á la naturaleza; á todas sus preguntas, las montañas, las ondas y las hojas, no le respondían mas que esta palabra: Dios!

El hermano Alfeo había salido victorioso de muchas de estas crisis, y cada vez se había afirmado en sus creencias, porque la tentación es la piedra de toque de la conciencia, que la fortifica, cuando no la aniquila.

Pero hacía algun tiempo que el hermano sentía una inquietud mas punzante que todas las otras. Había hecho la experiencia de que todo lo bello pierde su encanto por el uso; que el ojo se cansa del mejor paisaje, el oído de la voz mas dulce, el corazón del mas sincero amor, y con este motivo hubo de preguntarse cómo podríamos hallar en el cielo un elemento de gozo eterno: en qué vendrá á parar la movilidad de nuestra alma, en medio de magnificencias sin fin, y por último cómo el gozo perpetuo no debía concluir por causar enojo? « La eternidad! que palabra para una criatura que no conoce mas ley que la del cambio y la diversidad en todo! Qué hombre se atreverá á perpetuar su mayor alegría eternamente? Oh Dios mio! ni pasado, ni porvenir, ni recuerdo, ni esperanza! La eternidad! la eternidad!... palabra triste, palabra que da miedo y que hace llorar sobre la tierra: qué puede significar en el cielo? »

Así hablaba el hermano Alfeo, y cada día iban en aumento sus incertidumbres. Una mañana salió del monasterio antes que se levantasen sus hermanos, y bajó al valle. El campo húmedo todavía, se hallaba bañado con los primeros resplandores del alba: habíase dicho una mujer risueña en medio de su llanto. Alfeo seguía lentamente los sombríos senderos de la colina; los pájaros que acababan de despertarse, corrían por los matorrales, sacudiendo sobre sus cabezas una lluvia de rocío, y algunas mariposas medio dormidas todavía, revoloteaban indolentemente al sol para secar sus esplendentes alas.

Alfeo se detuvo para mirar el campo que se extendía á su vista, y se acordó de lo hermoso que le había parecido las primeras veces que le vió, y de la embriaguez que le había causado la idea de acabar allí sus días; siendo como era un pobre habitante de las ciudades acostumbrado á las negras callejuelas y á las tristes paredes de las casas, aquellos árboles, aquellas flores, aquel aire le habían causado delicias inmensas: por eso fué bien dulce el año de su noviciado! Qué paseos tan largos por los valles! cuánto descubrimiento! Arroyos serpenteando entre las rocas, plazoletas habitadas por los ruiseñores, rosales silvestres, fresas de los bosques, oh! qué felicidad la de encontrarlos por primera vez! Qué alegría caminar por senderos desconocidos ocultos por los árboles, y encontrar á cada paso una fuente en que no se ha bebido todavía, un musgo que todavía no se ha pisado! — Pero ay! aun esos placeres duran poco; bien luego llegan á andarse todos los caminos del bosque, bien luego se han oído todos los pájaros, se han cojido todas las flores, y entonces, adios los encantos del campo! La costumbre que baja como un velo, entre la criatura y la creación, le deja á aquella ciega y sorda!

El hermano Alfeo había llegado á este punto. Semejante á esos hombres que por haber abusado de los mas fuertes licores, no experimentan ya la embriaguez, miraba con indiferencia el espectáculo tan delicioso antes para sus ojos. Así pues, qué bellezas celestiales podrían ocupar eternamente el alma que las obras de Dios sobre la tierra no habían podido enagenar mas que un solo instante? Al hacerse á sí mismo esta pregunta, Alfeo se había adelantado por el valle: con la cabeza inclinada sobre el pecho y caídos los brazos andaba sin ver nada; pasaba los arroyos, los bosques, las colinas! ya el campanario del monasterio estaba muy lejoso! por fin el monje se detuvo á la entrada de una selva que se perdía á la vista como un océano de verdura: mil preciosos rumores se oían allí, y una brisa embalsamada suspiraba en las hojas.

Despues de haber echado una mirada de sorpresa por aquellas oscuridades, Alfeo entró en la selva titubeando y como si hubiese temido que hacía una cosa prohibida; pero á medida que iba penetrando en la selva, esta parecía mas grande; había árboles cargados de flores que exhalaban un perfume desconocido, pero que no era fuerte como los de la tierra; habíase dicho una especie de emanación moral que embalsamaba el alma; era un perfume fortificante y delicioso á la vez, como la vista de una buena acción ó como la proximidad de un hombre honrado á quien se ama. Bien luego Alfeo descubrió una plazoleta, iluminada por una luz esplendorosa. Para gozar mejor de este espectáculo se sentó; entonces oyó de repente la voz de un pájaro, pero una voz que no podría compararse en dulzura ni con el ruido de los remos sobre el lago, ni con el aliento de un niño dormido, ni con la brisa susurrando entre los árboles. Todo cuanto el agua, la tierra y el cielo tienen de mas encantador y alegre, todas cuantas seducciones hay en las lenguas y en las músicas humanas, parecían haberse fundido en su voz. No era un canto, y sin embargo se oían melodías infinitas; no era una lengua, y sin embargo la voz *hablaba*! Ciencia, sabiduría, poesía, todo lo reunía; al escucharla se sabía todo.

Alfeo la escuchó largo tiempo, con un gozo creciente; por fin la luz que iluminaba el bosque se oscureció, un largo murmullo resonó en los árboles, y la voz se apagó de repente.

Alfeo se quedó algun tiempo inmóvil, como si hubiese sa-



lido de un sueño encantado. Después de haber mirado un poco en torno suyo, se levantó; sus pies se habían puesto pesados; sus miembros habían perdido su agilidad, y le costó mucho trabajo salir de la selva para volver al monasterio.

Pero á medida que iba andando, iba en aumento su sorpresa, todo se había cambiado en el campo! Allí donde había visto árboles nacientes, veía ahora encinas seculares. Buscó el puentecillo de madera que atravesaba siempre, pero ya no existía, y en su lugar se veía un magnífico puente de piedra. Al pasar cerca de un estanque, unas mujeres que estaban tendiendo ropa en los sauces que allí había, interrumpieron su trabajo al verle y se dijeron:

— Mirad un anciano con el hábito de los monjes de Olmutz; conocemos á todos los hermanos, y sin embargo nunca hemos visto á este.

— Esas mujeres están locas; se dijo Alfeo, y pasó adelante.

Sin embargo principiaba á inquietarse; apresuró el paso, subió el senderito, salió de la pradera y llegó al umbral de su morada. Pero oh sorpresa! la puerta no estaba ya en su puesto acostumbrado; el monasterio había cambiado de aspecto; era mucho mas grande y mas numerosas sus construcciones. Un plátano que él mismo había plantado junto á la capilla algunos meses antes, cubría ahora el santo asilo con sus anchas ramas! El monje fuera de sí se dirigió hácia la nueva entrada y llamó suavemente: no era la misma campanilla de antes; un joven lego vino á abrirle, y Alfeo le preguntó:

— Qué ha pasado? Antonio no es ya el portero del convento?

— No conozco á semejante Antonio, respondió el hermano lego.

Alfeo se llevó las manos á la frente con espanto.

— Me he vuelto loco? No es este el monasterio de Olmutz de donde he salido esta mañana?

El lego se le quedó mirando.

— Hace cinco años que soy portero, respondió, y sin embargo no os conozco.

Alfeo miró alrededor con ojos estraviados.

Varios monjes se paseaban por los claustros; les llamó pero ninguno respondió á los nombres que pronunciaba: corrió á ellos para mirar sus rostros, pero no reconoció ninguno.

— Es esto un milagro de Dios? exclamó: en nombre del cielo, hermanos míos, miradme: ninguno de vosotros me ha visto alguna vez? no hay nadie que conozca al hermano Alfeo?

Todos le miraron con sorpresa.

— Alfeo, dijo en fin el mas anciano; sí, ha habido en Olmutz antiguamente un monje de este nombre, yo lo he oído decir á los mas viejos: era un hombre sabio y meditabundo que se complacía mucho en la soledad. Un día se fué al valle; le vieron á lo lejos por detrás del bosque, pero en vano le esperaron; nadie supo jamás lo que había sido de él; pero desde entonces ha pasado un siglo entero!

Al oír estas palabras Alfeo soltó un grito penetrante, porque acababa de comprender lo sucedido: se dejó caer de rodillas sobre la tierra, y cruzando las manos con fervor pronunció estas palabras:

— Oh Dios mío! Habels querido probarme lo insensato que era cuando comparaba los goces del cielo con los del mundo! Un siglo ha pasado para mí como un solo día, oyendo cantar un pájaro de vuestro paraíso. Ahora com-

prendo las alegrías eternas! Oh Dios mío! sed misericordioso, y perdonad á vuestro indigno siervo.

Después de haber hablado de este modo, el hermano Alfeo estendió los brazos, dió un beso en la tierra y espiró.

## HISTORIA

DEL

### ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

I.

En uno de los últimos dias del mes de mayo de 1815 á las cuatro de la tarde, entraba una fila de caballos en el patio principal del palacio de Elbeuf, en la plaza de Carrousel. Eran doce, y todos igualmente notables por su estampa y sus formas; aquellos caballos estaban destinados al servicio de Napoleon en la campaña que iba á empezar, habían sido comprados en Normandía y procedían de una de las mejores paradas. Segun su redondez, su limpieza y lo reluciente de su pelaje, podía calcularse que habían viajado á cortas jornadas y que se les había tratado con toda la consideración que merecen unos viajeros, futuros huéspedes de las caballerizas de un emperador; futuros compañeros también de sus peligros en los campos de batalla, arrojando con él la metralla de la Santa Alianza.

La llegada de aquel convoy, que se esperaba con impaciencia, era un acontecimiento en el palacio de Elbeuf; al ruido de los pasos de los recién venidos y sus relinchos, con que saludaban su nueva residencia y pedían cebada, todos los empleados de la casa, caballerizos, cocheros, picadores y palafreros acudieron á pasar revista al ganado normando. Fueron atados á las anillas, aunque con alguna distancia de intervalo, á fin de que la inspección pudiera verificarse fácilmente, y que el reconocimiento administrativo se hiciera sin peligro, precauciones que se tomaban en semejantes casos, y cuando uno se encuentra en compañía de caballos cuyo humor, y costumbres ignora.

El veterinario estaba en su puesto; al momento principió á ejercer sus funciones; y después de pasada una revista minuciosa á cada caballo, mandó que se les desatase uno por uno y que se les hiciera andar, trotar y galopar delante de él. Los picadores montaron cada uno en su caballo, y principió la última y la mas importante de las pruebas. Al lado del mariscal y de un caballerizo que le auxiliaba, se había colocado un palafrero normando de los que habían acompañado los caballos hasta su destino. Este era el biógrafo ó historiador de cada corcel; debía dar todas las noticias é informes necesarios para hacer conocer sus cualidades y sus defectos; conocimientos esenciales, pues Napoleon no era jinete muy hábil, y era preciso presentarle caballos fáciles de manejar.

Once caballos llenaron todas las condiciones necesarias para su recepción definitiva, y fueron considerados dignos de seguir al emperador al ejército y de ser montados por él; faltaba examinar al duodécimo que montó un picador, veterano de las caballerizas imperiales que pasaba por ser un escelente jinete: iba á hacerle andar al paso, cuando una inesperada resistencia le advirtió que se pusiera en guardia; quiso llevar al caballo por la senda razonable; pero este resiste aun y no contesta á las invitaciones conminatorias, á las imperiosas imprecaciones de su jinete sino con



movimientos desordenados de impaciencia y de indocilidad. Insiste el picador, pero el caballo persiste en su pertinacia, y luego se empeña una lucha en la cual el caballo desplegando toda su astucia, todos los recursos de su indomable malignidad, amenaza mas de una vez lanzar á su jinete al suelo.

El mariscal hace señas al jinete para que se detenga.

— Este es un vicho que no sirve para maldita la cosa en campaña, dijo el picador, es lástima, pues es un soberbio animal. ¿Pero cómo han podido traerle aquí?

Al decir estas palabras miraba al palafrenero normando que se contentó por toda contestacion con una irónica sonrisa.

El mariscal le interpeló entonces con viveza, y le dijo:

— ¿Acaso te divierte esto? ¿cómo se entiende? enviar á S. M. un caballo que no puede hacer servicio, á menos que no queráis que el emperador se rompa la cabeza?

Pero el palafrenero no se desconcertó, y contestó con aire socarrón y enteramente normando:

— Magnífico, no habéis mal de Acacia.

— ¿Acacia? ¿qué cosa es esa?

— Es el vicho que encontráis tan malo y que, sin embargo, vale mas que otros muchos que conozco.

— Vaya, conque aquel caballo se llama Acacia? ¡vaya un hombre singular para caballo! no hay en este mundo mas que los normandos, para bautizar así á los caballos.

— Bien, y qué importa si el caballo es de buena raza?...

— Eso es precisamente lo que me has de probar.

— Pero no tiene él la culpa, ni yo, sino el jinete que acaba de montarle que no sabe una palabra de picadero.

— Imbécil, es uno de nuestros mejores jinetes y puede dar lecciones á todos los normandos que os creéis tan hábiles.

— Vamos á ver, que lo pruebe haciendo andar á Acacia.

Picado el mariscal con esta jactancia reflexionó un poco: pero juzgó oportuno guardar consideracion con el amor propio del empleado de las caballerizas imperiales, y como este por fortuna, no habia podido oír la conversacion que acababa de tener lugar, se aproximó á él y le dijo que se apeara mandando despues al palafrenero que montara el animal casi desechado.

Da un salto, se pone lijaramente el palafrenero sobre el lomo de Acacia y dirigiéndose al mariscal:

— Estoy á vuestras órdenes, le dice: caballero oficial quereis que vaya al paso castellano, al trote, al galope ó á rienda suelta? Escojed.

— Hazlo andar como quieras; ó por mejor decir como puedas.

El mariscal dudaba de la posibilidad de poder sacar algun partido de Acacia; pero al cabo de diez minutos se convenció de que aquel caballo era susceptible de ser dirigido por un jinete regular.

— Está bien, dijo el mariscal, cuando el normando hubo manejado el caballo y hecho admirar su manejo y habilidad, pero como otra persona debe montar este caballo que parece no conocer sino á tí, bien puedes comprender que ni quiero ni debo esponer á S. M. al riesgo de una prueba que puede ser muy peligrosa. Por lo tanto Acacia permanecerá en la cuadra hasta nueva orden.

— ¿Queréis que se muera de fastidio ó de pena el pobre Acacia?

Esta exclamacion tan sencilla hizo sonreír al mariscal.

— Trataremos de utilizarle de un modo ú otro á fin de acerle ganar la cebada.

Esto quiere decir que mi pobre Acacia será tratado como un jamego al cual se dá de comer por caridad!

— Tanto peor para él, amigo mio; pero S. M. no debe arriesgarse á romperse el pescuezo para darte gusto y honrar tu Acacia. Aquel animal es reacio, caprichoso, muy difícil de guiar y el emperador no tiene tiempo de entretenerse en perfeccionar la educacion de un caballo.

El palafrenero comprendió que la causa de Acacia estaba perdida; dejó de porfiar en su favor, pero gruesas lágrimas salian de sus ojos; se habia apeado y acariciaba con la mano á su querido caballo, su discípulo, al que habia considerado llamado á ser el bucéfalo del moderno Alejandro, y del cual acababa de oír pronunciar la sentencia.

El mariscal no fué insensible á tanto dolor y trató de consolarle; lo que no logró sino prometiendo al palafrenero que sujetaria á Acacia á nuevas pruebas y á un nuevo aprendizaje para ponerle en el caso de ser digno de llevar á Napoleon; pero en el momento que hacian entrar los caballos en la caballeriza y que el palafrenero iba á dar el último adiós á su caballo para volver á su país; el mariscal le dijo:

— Te has olvidado, amigo, de decirme por qué razon habéis dado á Acacia un nombre tan raro; no será por el color, pues es bayo, y la flor del árbol cuyo nombre se le ha dado es blanca, si no recuerdo mal.

Esta última prueba de interés pareció agradar al normando; una lijera sonrisa apareció en sus labios y disipó la nube de tristeza que aparecia en su semblante.

— Es verdad, contestó, que para un caballo es nombre bastante raro, pero Acacia lo ha merecido.

— ¿Cómo?

— Es que tiene una afición particular por aquel árbol. En el patio en donde pasó sus primeros años habia unas acacias de las cuales atábamos de vez en cuando nuestros potros, y este roía de tal modo la corteza de aquel en que se le ataba, que hubiera acabado por destruir todos los árboles, si no se le hubiera puesto á raya. Este es el origen de su nombre, señor oficial, esta es la pura verdad, á fe de normando.

— O de chalan.

La carcajada con que el mariscal, poco cortés, acompañó esta exclamacion, hizo sonrojar algun poco al palafrenero; pero queriendo el mariscal reparar su falta le puso en la mano dos piezas de cinco francos, y le dijo:

— Sin rencor; ahí tienes para beber á la salud del emperador.

— Y á la de Acacia.

— Así sea.

— Y tambien á la vuestra, señor oficial.

El veterinario, lejos de ofenderse por verse colocado en tercera linea en la jerarquia de las simpatias y de los brindis del normando, le dijo:

— Vamos, amigo mio, vuelve cuanto ántes á tu país, pues es muy probable que tu amo necesite de tus servicios; sobre todo no te dé mucho cuidado por tu querido Acacia; haré que esté bien tratado, que no le falte nada, á pesar de su educacion algo viciada; no pierdo esperanza, te lo repito, de que algun dia esté apto para el servicio al cual era destinado.

Estas últimas palabras consolaron un tanto al palafrenero al que las dos piezas de cinco francos habian algun tanto predispuerto en favor del mariscal; dió repetidos besos á aquel amigo que no debia volver á ver, y se marchó, volviendo varias veces la cabeza para dirigirle el último adiós.

(Se continuará.)



## RUYSDAEL.

Existe en este momento una escuela de pintura que se llama escuela alpina, procedente de la Suiza, de Génova ó de Chamberi en Saboya, que no sabe hacer ni pintar mas que una cosa, á saber : los hondos barrancos de los Alpes, erizados de rocas, y llenos de pinos sombríos que lanzan

sus sombras profundas sobre el agua de los torrentes que bajan rápidamente por las serpenteadas hendiduras de las montañas.

El fundador de esa escuela se llama Diday y su jefe principal en el dia es Calame. A pesar de la gran reputacion que disfrutan estos dos nombres, nada en el mundo es tan frio, triste, monotonó y soporífico como los lienzos que llevan



CARRIENY.

J. QUARTLEY.

La Cascada.

sus firmas, y un hombre de gusto que no hubiese visto en su vida mas que esos cuadros, consideraria como una cosa imposible el que se pudiese trasladar al lienzo la naturaleza alpina, con sus cascadas, sus terrenos agrestes, y sus rocas que parecen desplomarse sobre la corriente de las aguas.

De este modo, el hombre de gusto de que hablamos, tendria á Ruysdael por un genio tanto mas sorprendente, cuanto que descuella en un jénero de pintura que al principio creyó rebelde á todos los esfuerzos del arte. Echemos una mirada al sitio tan agreste y grandioso que tenemos de-



lante de los ojos. Qué fresco hace, ahí donde la atmósfera se halla impregnada del polvo acuático que levanta el torrenciente rompiéndose por todas partes sobre esa multitud de rocas! Qué pintoresca es la casita que domina la orilla de la cascada! Y qué tranquila debe ser allí la vida, á pesar del estrépito de esa inmensa cascada! Y la antigua aldea que domina sobre la orilla izquierda todas las cercanías, no nos transporta de un modo rápido y espontáneo, aun en medio de las costumbres de la edad media, al feudalismo? Qué sentimiento tan íntimo de la naturaleza, y qué bien se perpetúa siempre vivo, por variados que puedan ser sus aspectos, en cuantas obras el pintor interpreta!

Por eso puede decirse que con justo título Ruysdael está reputado como el primer paisajista de la Holanda, ese país que cuenta tantos grandes maestros.

Ese hombre ilustre nació en Harlem en 1640 y murió en la misma ciudad en 1681. En esa corta carrera dió á luz un crecido número de obras perfectas que le han colocado á tanta altura en la historia del arte. Su único maestro fué la naturaleza: nunca hizo nada sin consultarla y en todas sus producciones se ve con tanta fidelidad que casi se dejaría de creer que se halla uno delante de un lienzo, cuando se ha permanecido algunos minutos delante de cualquiera de sus paisajes.

J. J. ARNOUX.

## PORS MOGUER.

### I.

— Nos persiguen esos condenados ingleses! murmuró el marino metiendo dentro la cabeza que había sacado por una tronera; no se puede mirar una sola vez sin encontrarse uno con ellos...

El que hablaba de este modo no era otro que Santiago Kosquer, apellidado el *tio-la-Garcette*, (gratel de rizo) aludiendo á su flaco por ese medio de persuasión, del cual *usaba* y *abusaba*, como entonces lo permitía el derecho romano con respecto á toda propiedad: *Jus utendi et abutendi*.

Aunque no había estudiado jamás el alfabeto sino en los aparejos de un buque, y no sabía echar una rúbrica sino con el hacha de abordaje, Santiago era teniente de la *Cordelière*, el mejor buque que hasta entonces se había construido en Francia. En aquella época la marina no tenía una organización regular; solo el capitán de cada buque era nombrado por el rey, y este capitán elegía despues por sí mismo sus oficiales y el resto de la tripulación. El Estado le pagaba una suma fija con la que debía alimentarlos y pagarlos como quería, de modo que la guerra marítima se hacía por contrata y á nombre del Estado mas bien que por el Estado mismo.

Acabábase de dar el mando de la *Cordelière* al joven Pors Moguer, que, conociendo la habilidad de Kosquer, le había nombrado su teniente, grado que había aceptado el contra-maestre con tanto mas gozo, cuanto que en ese concepto se proponía arreglar ciertas cuentas atrasadas que tenía con los ingleses, á quienes quería como á la peste y al diablo.

En efecto, Pors Moguer había buscado la escuadra enemiga con su flotilla compuesta de unos quince bergantines, pero sin poderse acercar á ella. El viento le fué contrario, y tuvo que arribar á Camaret, donde permanecía hacia tres meses, aunque los ingleses habían vuelto á aparecer en el horizonte, como en señal de desafío.

Esta inconcebible inacción por parte de Pors Moguer ha-

bía puesto á Santiago de peor humor que de costumbre, que iba de rechazo contra los marineros. Su sobrino Perico, neófito embarcado con él en la *Cordelière*, era el blanco en que el contra-maestre descargaba su ira.

Precisamente acababa de sacar la cabeza de la tronera desde donde había apostrofado á los ingleses, cuando entró el pobre neófito diciendo:

— Tío...

Santiago se volvió bruscamente.

— Quién me llama? exclamó convulsivamente con acento enfadado.

Y viendo á Perico continuó:

— Cómo, marino de agua dulce, te figuras que estás siempre en la choza de tu padre, y nunca aprenderás la subordina-

ción? Y al mismo tiempo le descargó un golpe con el gratel de rizos, que el joven recibió filosóficamente encojiendo los hombros.

— Mi teniente, repuso...

— Quién te habla de teniente, ostra sin concha; no tengo un nombre como todo cristiano?

Y Santiago repitió la reprimenda.

— Tío, repuso Perico con esa ironía interior particular de los bretones; hay aquí un pescador que desea hablar al capitán.

— Y soy yo el capitán, por ventura?

— No, pero me habeis prohibido que hable directamente al señor Pors Moguer, observó el neófito con acento tranquilo.

— Está bien... ya has hablado demasiado.

En aquel momento se abrió una puerta y entró el capitán en persona.

— Muy severo te muestras con ese mozo, dijo Pors Moguer á Santiago.

— Es cierto, capitán, respondió el teniente; pero quiero educarle bien, ya que es de la familia. Por quién puede uno trabajar mejor que por los suyos? Quiero hacer de él un buen marino, y principio por ponerle á prueba de los golpes.

Pors Moguer se sonrió.

— Dónde está el pescador que quiere hablarme? preguntó á Perico.

— Sobre cubierta.

— Dile que venga.

El joven subió y volvió á entrar al cabo de un momento con un hombre cuyo traje consistía en una camisa de lienzo colorado y un ancho pantalón que apenas le cubría las rodillas. Sus largos cabellos negros caían sobre sus hombros y chorreaban agua lo mismo que sus vestidos.

— De dónde diablos has salido? le preguntó Pors Moguer con extrañeza.

— De la mar, respondió en breton el pescador.

— Y de dónde vienes por ese camino?

— De la flota inglesa.

— Qué está diciendo? exclamó Santiago acercándose á él... Vienes de ese bido de los infiernos?...

— Sí.

— Y cómo estabas allí?

— Soy un pescador del Conquet; ayer, como el tiempo estaba bueno, y como los chicos tenían hambre, me alargué un poco para buscar un banco de sardinas que conocía hacia la punta de Bertheaume.

— Y te cogieron?

— Sí; me encontré con una de sus lanchas, y me llevaron á bordo de la *Regente*... Presentado ante el capitán que cele-



braba consejo con sus oficiales, me hicieron mil preguntas sobre los pasos, los arrecifes y la guarnición del Conquet.

— Supongo que no habrás respondido?

— Les he indicado como pasos los arrecifes, y los arrecifes como pasos.

— Bien hecho, interrumpió Kosquer; y todo lo han creído, no es verdad?

— Se consultaron en inglés creyendo que no los entendía; pero he estado dos años prisionero en ese país de Santánás.

— Y entendiste lo que decían?

— Entendí que trataban de bajar al Conquet y destruir la comarca como hicieron por el lado de Pen-Marc'h, y entonces me ocurrió la idea de que, sabiéndolo, podríais parar el golpe, desembarcando gente en San Mateo. Con este fin, cuando me llevaban á través de las baterías, dejé la chaqueta á mis guardianes, me deslicé suavemente por una tronera y he venido nadando hasta el Toulanguet.

— Por santa Barbara! eres un mozo de pelo en pecho, dijo Santiago.

Y al decir esto dió un apretón de manos al nadador.

Pors Moguer se quedó meditabundo.

— Y no sabes cuando piensan bajar? preguntó al fugitivo

— No, mi comandante; pero creo no deben tardar, pues todo lo tenían preparado á bordo.

— Está bien, decía el jóven, como hablando consigo mismo; podré combatirlos aquí mismo, llenaré mi deber y vengaré el mal que nos han hecho, sin partir... ausentándome solo una noche... Bendito sea Dios que me proporciona semejante ocasión.

Y volviéndose hácia el teniente añadió:

— Santiago, envid á tierra; haced que se embarque toda nuestra gente, y preparadlo todo para dar á la vela dentro de una hora.

— El fuego á las estopas, cuidado con la metralla, gritó el contramaestre agitando su gorro. Esos tunantes nos van á mostrar ahora sus feas caras! Perico, esta tarde ó mañana te cortaré un par de zapatos de la piel de esos perros, y tú, pescador de ingleses, ven conmigo á mi camarote que quiero regalarte un gargarismo embotellado que traje el año último de Burdeos.

Gracias á la actividad de Santiago, los preparativos duraron poco. La lancha que se envió al puerto volvió bien luego cargada de marineros. El contramaestre los contó de lejos y se aseguró de que nadie faltaba, pero de repente guiñó los ojos y meneó la cabeza para distinguir mejor lo que estaba mirando.

— El diablo me lleve si no viene una mujer con ellos! Ah! traen mujeres á bordo, gruñó sordamente; creen que estamos aquí para fiestas. Bien: el látigo ajustará las cuentas.

La lancha abordó, y Santiago queriéndoles sorprender in fraganti se colocó en emboscada junto al palo mayor, dejando desembarcar á los marineros, como un cazador oculto que cuenta las piezas; de repente aparece la cabeza de la mujer; entonces era el momento de mostrarse; el contramaestre se adelanta calladito, y en el momento en que la mujer ponía los pies en la *Cordelière*, se encuentra cara á cara con ella.

— Margarita! dice retrocediendo cuatro pasos.

— Buenos dias, señor Santiago, respondió la linda campesina haciéndole una cumplida reverencia.

— Buenas tardes! repuso Santiago volviéndole la espalda.

— Qué es eso... gruñon? murmuró la jóven haciendo una mueca de niño mimado.

Y dirigiéndose á Perico le preguntó con una graciosa sonrisa:

— Está á bordo el capitán Pors Moguer?

— Sí, está en su camarote.

Apenas había respondido estas palabras cuando el látigo del tío cayó sobre sus hombros.

— Qué ferocidad! dijo Margarita con ademán de espanto.

— Qué es lo que queréis al capitán? interrumpió bruscamente Santiago.

— Quiero verle.

— No tiene tiempo para ello.

— Con qué entonces habré venido de San Mateo por nada? Decidle que vengo de parte de la señorita Susana.

— Os digo que no tiene tiempo... al cabo tendré que enfadarme.

— Sin embargo, dijo la jóven, tomando ese tono suplicante y quejoso propio de las mujeres y de los niños; yo no puedo marcharme así, sin haberle visto... me reñirían.

— Volvereis mañana.

— Mañana será tarde ya.

— Y qué es lo que tenéis que decirle?

— Lo primero, tengo que darle espresiones de mi amo.

— Bien; eso se puede dejar para mañana.

— Y de mi ama también...

— Llévete el diablo! murmuró Santiago.

— Qué decis?

— Nada, nada... espresiones de los amos; y despues?...

— Despues... tengo que entregarle este ramillete.

— Un ramillete! Y de qué puede servirle eso al capitán? dijo Santiago encogiéndose de hombros... pero está bien; traed acá, voy á entregárselo enseguida.

— Si, es preciso, suspiró Margarita, mirando las flores, y arreglándolas. Tened mucho cuidado, llevadlo así, y derecho al capitán.

— Cualquiera creeria que las flores no pueden ir cabeza abajo! murmuró Santiago con impaciencia... Traed acá, y volveos á San Mateo con viento en popa. Aquí tenemos ahora otras cosas en que pasar el tiempo.

Y despues volviéndose hácia un remero, añadió:

— Tú, Mano Fuerte, desembárcame eso en el puerto, para que podamos maniobrar libremente.

Mano Fuerte ayudó á Margarita á bajar á su lancha, y Santiago se fué á ver á Pors Moguer.

— Todo está dispuesto, capitán, dijo.

— Bien, respondió este, que se hallaba inclinado sobre una carta marítima que estaba estudiando; subo al instante. Pero que llevas ahí? añadió distinguiendo el ramillete que el contramaestre ajaba entre sus manos.

— Ah! se me olvidaba; es para vos.

— Para mí?

— La muchacha de allá acaba de traeroslo... de parte de la señorita de Kermorvan.

— Dámele presto.

Pero al tomar vivamente el ramillete, cayó de él una carta.

— Déjame, Santiago, dijo el jóven sonrojándose; pronto iré contigo.

— Diablos! diablos! murmuró el viejo marino subiendo sobre cubierta; no lo había adivinado: quien podía pensar que entre las rosas hubiera cartas?

Largo tiempo se estuvo paseando mientras llegaba el ca-



pitan; la noche iba adelantando y la marea bajaba: por fin se presentó Pors Moguer, vestido con una singular elegancia, con su sombrero de plumas y sus zapatos de raso.

— Vengan seis remeros y la barca grande!

— Qué teneis, capitan? preguntó el contraestrete estupefacto.

— Voy á tierra.

— Entonces nos va á faltar el agua, capitan.

No desembarcaremos esta noche en el Conquet; he reflexionado, y veo que tenemos tiempo...

— Pero los ingleses...

— Están á la vista y no hacen movimiento alguno... sin duda han renunciado á su proyecto, sospechando que estábamos alerta.

— La barca del capitan, gritó el primer remero.

— Al cabo sobre San Mateo, dijo Pors Moguer.

Santiago soltó un formidable juramento, y tiró al suelo su gorro pisoteándole con rabia.

— Tío, qué quiere decir eso? murmuró Perico.

— No te acerques á mí, exclamó Santiago exasperado, no



Margarita y Santiago.

te acerques, porque sería capaz de hacer un disparate... Oh! quisiera tener aquí todas las mujeres de Bretaña para meterlas en mi culebrina! Acuérdate Perico, de que si un día llegas á estar enamorado, te mato á ti y á ella... y nada mas que por el honor de la familia.

## II.

Ninguna estrella brillaba en el cielo, y la residencia del conde de Kermorvan resplandecía de luces, en tanto que el jardín se hallaba sumergido en la oscuridad mas profunda; protegidos por esta oscuridad, un jóven y una jóven en traje de baile, se hallaban sentados en un banco conversando en voz baja.

— Perderos, Susana! decia el jóven cuando sois para mí mas que la vida! cuando he permitido que el enemigo insulte mi pabellon por no abandonaros, porque sois para mí mas que la ambicion, mas que el honor, mas que todas las cosas! Oh! eso no puede ser, es imposible.

— Y sin embargo, mi padre ha prometido mi mano al señor de Audiffret, respondió la jóven; esta mañana mismo me ha llamado para decirmelo, y apenas he podido obtener

un plazo de algunos dias, empeñado como estaba en anunciarlo hoy á todas las personas que han acudido á la fiesta.

— Con que vuestro padre es tan inflexible?

— Ay! Nunca le he visto ceder en nada; aun para él mismo su voluntad es sagrada y la sostiene, como sostendría una promesa: es un compromiso con su conciencia, que cumple siempre como un punto de honra. Ah! Habríais debido pedirle mi mano hace dos meses.

— Y lo he podido hacer? El conde es altivo por su categoría, y yo apenas puedo probar mi nobleza; es rico, y yo soy pobre, por lo cual habria sido desechada mi demanda, y desde entonces habria estado cerrada para mí la puerta de este palacio: no he podido resolverme á tamaña desgracia. Por otra parte, como vuestro padre, me recibia siempre con benevolencia señalada, me prometí que el afecto que me iba tomando concluiría por hacerle ménos severo con respecto á mi nacimiento y fortuna; pero no sé porqué, su amistad se transformó en frialdad, de repente se puso muy reservado; habeis podido adivinar la causa de ese cambio?

— No.

(Se continuará.)